

- Schwarz, Roberto. 1973, "As idéias fora do lugar", en: *Revista Estudos do Cebrap*, No. 3, São Paulo.
- Uribe Uribe, Rafael, 1979, *Obras selectas*, Bogotá: Imprenta Nacional.
- Uribe Celis, Carlos, 1992, *La mentalidad del colombiano*, Santafé de Bogotá: Ediciones Alborada.

## Canto dionisiaco a América: La imagen de Grecia en Pedro Henríquez Ureña\*

Juan Felipe Restrepo David\*\*

"De aquella Hélade viviente nos nutrimos (...). Aquel alimento vivo se convertiría en sangre nuestra; y el mito de Dionisos, el de Prometeo, la leyenda de la casa de Argos, nos servirían para verter en ellos concepciones nuestras".

Pedro Henríquez Ureña

### Resumen

El concepto de "Nuestra expresión americana" en Pedro Henríquez Ureña nació de un profundo conocimiento de la historia y la cultura griegas. El sintetizó y recreó aquella sabiduría a través del arte, especialmente de la literatura, escribiendo una tragedia juvenil llamada *El nacimiento de Dionisos*. En ella dejó plasmada su imagen de Grecia, y de cómo ésta fue el camino para la construcción del humanismo que

\* Este artículo se deriva de la monografía de pregrado en Filosofía *En busca del espíritu americano: Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña*, Instituto de Filosofía, Universidad de Antioquia, 2007.

\*\* Filósofo, Universidad de Antioquia. Editor de la Fundación Taller de Letras Jordi Sierra i Fabra.

llevaría a la instauración de una utopía latinoamericana, fundada en el trabajo intelectual honrado y en el ansia de perfección por una patria de hombres justos y libres.

*Palabras clave*

Pedro Henríquez Ureña, Dionisos, América, Utopía.

**Abstract**

The concept of "Our American expression", in Pedro Henríquez Ureña, was born from a deep knowledge of Greek history and culture. Henríquez sintered and recreated that wisdom through art, especially literature, by writing a youth tragedy called *The birth of Dionysos*. In this tragedy, Henríquez portrayed his image of Greece, and how this culture influenced the construction of humanism that would lead to the establishment of a Latin American Utopia, founded in the righteous, intellectual work and in the thirst for perfection for a homeland of righteous and free men.

*Key words*

Pedro Henríquez Ureña, Dionisos, América, Utopía.

Pedro Henríquez Ureña fue un admirador fiel de Grecia. Aunque no llegó a ser un erudito, ni un helenista como Alfonso Reyes, su amor por la cultura griega lo profesó durante toda su vida, en sus actos, en sus obras, y en su continua divulgación del conocimiento. Tanta era su admiración que, en la época de México como ateneísta, era llamado el "dorio americano".

Sus escritos sobre Grecia son pocos: tres ensayos breves, publicados en su segundo libro, *Horas de estudio*, de 1910; un discurso, pronunciado en la Escuela de Altos Estudios de la Universidad Nacional de México, en 1914; y un drama poético, de 1916. Sin embargo, en ellos quedaron explícitos sus pensamientos y sus posiciones filosóficas y políticas.

Uno de los ensayos es "La moda griega" (Enríquez Ureña, 1981: 159-162). Allí critica la tendencia generalizada de algunos escritores, periodistas y diletantes latinoamericanos, de interesarse por la cultura griega de manera superficial, sin la necesaria preocupación de profundizar en el estudio de los autores esenciales. Tendencia que se reduce a un interés por actualizarse en

un tema que, en Europa, ocupaba los primeros puestos en las conversaciones y discusiones.

Afirma Henríquez Ureña que, desde el platonismo florentino renacentista hasta la resurrección contemporánea del teatro al aire libre, no ha transcurrido un solo cuarto de siglo sin que para Europa no esté presente la cultura griega. A finales del siglo XIX, bastaba con inmiscuirse medianamente en el mundo intelectual para descubrir que los autores de moda eran Homero y Goethe; por supuesto, el Goethe griego. Shakespeare, era poco leído; Cervantes, estaba casi olvidado; Dante, empezaba a ser redescubierto lentamente; y Montaigne, ni se mencionaba, pues apenas se iniciaba la primera traducción al español.

Este interés se dirigía a la Grecia clásica, la del siglo V. Los otros siglos no eran comentados, y mucho menos los posteriores. Nada se conocía de la literatura y del arte griego moderno. En Latinoamérica sólo algunos, y entre ellos Henríquez, conocieron la Grecia heroica de 1833. Y fue más por la labor poética de Byron que por la divulgación periodística.

Esta nueva mirada a Grecia, según Henríquez, hizo parte del amor por lo pintoresco y extraño, que el romanticismo despertó en la literatura occidental. En otro ensayo, "El exotismo" (Enríquez Ureña, 1981: 159-162), desarrolla esta idea. Dice que el gusto por lo exótico, que se confunde con lo raro, produce en ocasiones, paradójicamente, el efecto de renovar o despertar el amor por las letras antiguas. Aunque, en general, el punto de vista exótico implica y conlleva falsas y malogradas concepciones estéticas, cuyas influencias sólo pueden ofrecer desnaturalizaciones de las épocas clásicas y modas fútiles, como la actual. En casi todos los casos se prefieren las descripciones a las partes que contienen la esencia. Así, lo exótico es lo más pintoresco de la cultura antigua, o por decirlo de otro modo, decorativo y vistoso.

El punto de vista más alto es el que devela el verdadero y profundo significado del arte, el que muestra su espíritu. Y esta mirada que prefiere lo característico y pintoresco, es decir, las descripciones y las imágenes, puede convertirse, en ocasiones, en un camino para llegar al espíritu del arte. Pues, en el detalle y en las partes, también puede encontrarse lo humano y digno de la cultura, legado de los hombres; en este caso, de Grecia.

Henríquez se refiere a Homero como el autor que representa a Grecia, su primera e insuperable expresión. No obstante, para él, era Platón quien había sido el resultado de un proceso iniciado en Homero, e incluso mucho antes.

En su tercer ensayo "El espíritu platónico" (Enríquez Ureña, 1981:159-162) Henríquez concibe al ateniense como la más grande síntesis del pensamiento y el arte, de la filosofía y la poesía. El espíritu platónico es, de esta manera, la mayor herencia de Grecia para el mundo occidental, el fundamento de la cultura. Hacia él deberían dirigirse todas las empresas y los intentos por construir un mejor mundo y una nueva sociedad, capaz de formar a los hombres en los más altos ideales del pensamiento y del arte, verdaderos y duraderos pilares.

En la época moderna, y más en la que presencia Henríquez, era famosa aquella afirmación de que Platón pertenecía más a la literatura que a la filosofía. Por ello la atención puesta en autores como Goethe, considerado el perfecto complemento entre artista y filósofo; y como Shelley que, con su *Prometeo*, demostraba que la poesía podía transformarse en pensamiento puro. De allí, también, el seguimiento intelectual para con Pater, D'Annunzio y Wilde. A este último lo consideraba un verdadero discípulo de Platón, rebelde e ingenioso. Los diálogos de *Intenciones* eran platónicos por su animación dramática y viveza dialéctica. Sin embargo, no había llegado a la perfección por "falta de convicción".

"La cultura de las Humanidades" (Henríquez Ureña, 1998: 18-28) es el más importante escrito de Pedro Henríquez Ureña sobre su concepción de Grecia y de la cultura clásica, y aun del grupo del Ateneo de la Juventud, que consideraron tal texto una proclamación y defensa de la intelectualidad. Fue una conferencia que dio el autor el día de la inauguración de las clases magistrales de la Escuela de Altos Estudios de la Universidad Nacional de México, en 1914.

Henríquez inicia sirviéndose de las palabras de Justo Sierra, uno de los hombres que apoyó la renovación de México: "el dilettantismo no es, no puede ser, planta floreciente en estas sociedades urgidas por ansias de organización" (Henríquez Ureña 1998: 18-28). Y lo hace para encomiar la labor del Ateneo, que se formó en lo esencial de las letras y el pensamiento helénicos y sus comentadores. Recuerda Henríquez que nunca recibieron mejor disciplina intelectual y espiritual.

Y de una vez afirma que el fundamento de la cultura clásica, camino seguro para la reconstrucción de México, es el mundo de la Grecia antigua. Allí ocurrió el "milagro helénico", de donde surgió "la musa portadora de dones y de ventura interior". (Henríquez Ureña 1998: 18-28). Fue este el más apropiado ambiente para el estímulo y la producción intelectual. Una fuente que encendió

la inquietud y la aventura por el conocimiento. El ejemplo sublime de que el hombre puede llegar hasta donde su espíritu lo imagine.

El pueblo griego —más que el chino, el indio, el hebreo o el egipcio— es el pilar de la civilización occidental porque creyó en la posibilidad del progreso indefinido, y no en la estabilidad, como los otros. Confió en el movimiento incesante de las elaboraciones intelectuales, espirituales, artísticas y científicas. Fue un pueblo obsesionado con la perfección: descubrió que el hombre puede ser mejor de lo que es y vivir socialmente mejor de lo que vive, mirándose a sí mismo y comparándose.

Fueron los mayores cultivadores de la discusión, de la investigación y del pensamiento libre en la antigüedad. No inventaron la filosofía ni la ciencia, pero sí la evolución científica y filosófica, en cuanto sistema y organización, método y técnica. Establecieron la historia, concibiendo a los hombres como los protagonistas, e imaginaron las utopías como el mejor de los futuros realizados por el esfuerzo humano.

Grecia es y será ejemplo de alta disciplina en la formación humana. Pero no sólo intelectual sino moral. Es decir, educación del espíritu, en el sentido del ideal humano y del modelo ético. Sustentado en la búsqueda de la perfección, a través del cultivo de la templanza, de la mesura y del equilibrio; búsqueda dirigida por la razón y el amor. Aquí es cuando Henríquez recuerda la suma Idea del Bien y de la Belleza platónicas.

Así que la disciplina no sólo constituirá el estudio y el conocimiento cabal de la cultura universal por medio de su pueblo fundador, sino que hará parte de la vida. En otras palabras, formarse en las humanidades, cuyo fundamento es la cultura griega, debe convertirse en una forma de vida, de ver el mundo, de actuar en él, y de conocerse en la completa y verdadera dimensión humana. Como dijo un autor caro a Henríquez: W. Jaeger, parafraseando a su vez a Aulio Gelio, que las humanidades en su sentido clásico y originario, significaron "la educación del hombre de acuerdo con la verdadera forma humana, con su auténtico ser". (Jaeger, 2001: 12).

El objetivo último, entonces, debe encaminarse hacia la comunidad pacífica entre los hombres. Al comportamiento generoso, porque una educación en la tradición clásica no puede amar la estrechez. Y, por supuesto, al cuidado de hombres saludables, espiritual y corporalmente. Paz, generosidad y salud, supremos logros éticos.

Este es el entusiasmado aliento de las palabras de Henríquez para con los mexicanos, motivándolos a trabajar en concordia y reposo, en tiempos de crisis y de agitación; dejando de lado los propios intereses, envidias y recelos, tan propios de los latinoamericanos; recordándoles, también, la necesaria devoción por la cultura; base de toda formación y directriz de cualquier realización humana. Y que la renovación de la cultura nacional es tarea de todos, convencidos de que "la educación es la única salvadora de los pueblos, entendida en el amplio sentido humano que le atribuyeron los griegos" (Jaeger, 2001: 28).

La forma más original en que Pedro Henríquez Ureña se acercó a Grecia fue a través de la creación poética. A sus veinticinco años, en 1909, escribió su única tragedia dramática: *El nacimiento de Dionisos*, que publicó por primera vez en la revista *Savia Moderna*, del Ateneo de la Juventud; en 1916 la reeditaría en Nueva York, por segunda y última vez.

En su momento, *El nacimiento de Dionisos* fue reconocido y admirado, entre otras cosas, por la juventud creadora de Henríquez y por la capacidad de asimilación y síntesis de su inteligencia. La sorpresa de su publicación consistió en la naturaleza del drama teatral, fundamentado en la cultura e historia griegas, tan aparentemente lejanas y ajenas a cualquier aspecto Latinoamericano. Uno de los primeros en expresar su alegría fue Rodó, amigo intelectual del joven dominicano:

Es lo más hermoso que ha salido de su pluma de Ud. (a lo menos entre lo que yo conozco), y es una de las cosas más bellas de la nueva literatura hispanoamericana.

El hondo y personal sentido del mito encarna en una noble belleza, de estirpe muy superior a la que deslumbra los ojos del vulgo literario (Zuleta, 1998: 502).

Para Henríquez este fue un "ensayo de tragedia antigua", en el que había intentado imitar la estructura de la tragedia en la Grecia antigua, la que antecedió a Esquilo, caracterizada esencialmente por la participación constante del coro durante el desarrollo del drama, y la intervención de un solo actor para cada episodio. Por eso su "ensayo" cuenta con cada una de las partes conocidas y distinguibles entre sí: "Parodos", "Episodios", "Estasimos" y "Exodo".

*El nacimiento de Dionisos* fue escrito en prosa, precisamente por la dificultad de trasladar formas poéticas tan antiguas a un español moderno. Respecto al lenguaje, se trataron de seguir las maneras de los trágicos, conservando el uso variable del singular y del plural en el coro, que parece arbitrario al inicio, pero que es necesariamente psicológico después.

"Si mi ensayo de tragedia no corresponde a la concepción moderna del conflicto trágico; no altera la concepción griega (...)", dice Henríquez (Henríquez Ureña, 1998: 5). Y entre estos aspectos de conservación se encuentran, por ejemplo, los desenlaces sin desastre; es decir, jubilosos, como en *Las suplicantes* o *Alceste*. El caso es que este pensador dominicano concibió una tragedia cuyo final fuera el establecimiento de un culto religioso, tal como ocurrió en *Las Eumenides* de Esquilo.

La única tragedia de la antigüedad conservada sobre Dioniso es *Las Bacantes* de Eurípides, además de algunos fragmentos poéticos y cantos homéricos. La obra trata sobre la furia de Dioniso ante el rey de Tebas, porque éste se niega a instaurar su culto. Y por ello lo castiga cruelmente, mostrando su gran poder. Aunque la obra se concentra en una terrible tragedia, finaliza en festividades.

En *El nacimiento de Dionisos*, Pedro Henríquez Ureña quiso contar, como dice el título, el alumbramiento de este dios. De manera que repite, tal cual, la tradición según la cual Dionisos nace prematuramente de su madre Semele, cuando ella es fulminada por los rayos incandescentes de su amante Zeus. Y después nace, por segunda vez, de la pierna de su padre, cuando cumple los nueve meses de desarrollo. Por eso se le llama "el dios nacido dos veces".

Los diálogos, espacios y personajes son una réplica de la tragedia antigua. Nada es moderno, como lo dice el autor. Incluso, pareciera escucharse, entre sus líneas, un lejano canto que invoca al pasado. Cada parte funciona como un perfecto engranaje; cada movimiento y acción fueron concebidos en función del canto jubilar del Exodo. El viraje dramático que menciona Aristóteles en su *Poética*: el paso de la desdicha a la dicha, es tan claro como la necesaria transformación de los personajes.

La esencia de la obra se encuentra al final, cuando aparece Dionisos, poderoso y lleno de gracia; dispuesto a iniciar su viaje por el mundo para liberar a los pueblos, y brindarles así la oportunidad de conocer la felicidad, haciendo arder sus corazones con la llama del valor y de la fortaleza. Y es justamente en este viaje en el que se hace sabio y establece puentes de comunicación intelectual y espiritual entre los hombres. Su culto eleva las voluntades más allá del dolor y de la sombra. Su virtud es una alegría iluminadora.

Canta el Coro que este es Dionisos "coronado, eleuterio, libertador de corazones, libertador de espíritus". Es un dios que llega para reconciliar a los dioses

viejos con los antiguos, al pasado con el futuro. Y que llega para despertar en los hombres una confianza propia que les impulse a ejecutar acciones grandes, transformadoras y duraderas.

Asimismo Dionisos es el dios de la contradicción. Su canto es la afirmación de todas las posibilidades, el lugar en donde todo puede ocurrir, desde lo más sublime hasta lo más absurdo. A él le pertenece el reino de las intuiciones y de las elevaciones extáticas, por eso es liberador. Pero también le compete la sensibilidad y el conocimiento. Sus inteligencias son múltiples y variadas. Es el dios más cercano a los griegos pero, al mismo tiempo, el de origen bárbaro. Él representa la síntesis del mundo mediterráneo y oriental, de lo nuevo con lo antiguo.

Aunque no aparezca ninguna referencia directa, podría pensarse que este es un canto dionisíaco a América. En el que se celebra un segundo nacimiento: una nueva oportunidad de hacer las cosas, pero con la conciencia que brinda el definitivo despertar. Por ello, el objetivo fue acercarse a Grecia para construir un puente que llegara hasta América, que generara una unión espiritual viva y participativa, para compartir así la comunidad de un mismo destino.

De esta manera es como pudo darse un contacto íntimo y creador entre las dos inteligencias: entre una América abierta con una Grecia lejana en el tiempo, y aún en el espacio, pero cercana, en cuanto es el origen espiritual y fuente de todas las orientaciones. Este, y no otro, es el punto de partida del establecimiento de la utopía americana para Henríquez, fundamentada en el trabajo y en la disciplina constante.

Es paradójico que uno de los pensadores más serios, mesurados y clásicos de Latinoamérica haya escogido a un dios que es, precisamente, todo lo contrario: júbilo, intemperancia y fiesta. Henríquez, maestro de generaciones, y un profundo aficionado al teatro universal, celebra los dos nacimientos de Dionisos para cantar la libertad del espíritu americano. Recuerda, con esta obra de juventud que, así como él, América también es joven y está preparada para pertenecer al mundo.

**Bibliografía**

- Bowra, C.M., 2001, "La tragedia ática", en: *Historia de la literatura griega* (trad. Alfonso Reyes), México: Fondo de Cultura Económica, pp. 61-96.
- Colli, Giorgio, 1995, "Introducción", en: *La sabiduría griega* (trad. Dioniso Mínguez), Madrid: Trotta, pp. 13-53.
- Eurípides, 1993, "Baquides", en: *Las diecinueve tragedias* (Trad. Ángel María Garibay), México: Editorial Porrúa, pp. 472-495.
- Graves, Robert, 1995, "Hermes, Apolo, Artemis y Dioniso", en: *Mitos griegos I* (trad. Luis Echavarrí), Madrid: Alianza, pp. 64-67.
- \_\_\_\_\_, 1995, "Naturaleza y hechos de Dioniso", en: *Mitos griegos I* (trad. Luis Echavarrí), Madrid: Alianza, pp. 125-134.
- Grimal, Pierre, 1991, "Dioniso", en: *Diccionario de mitología griega y romana*, Barcelona: Paidós, pp. 139-141.
- Henríquez Ureña, Pedro, 1981, "El espíritu platónico", en: *Obra crítica*, México: Fondo de Cultura Económica, pp. 154-156.
- \_\_\_\_\_, 1981, "El exotismo", en: *Obra crítica*, México: Fondo de Cultura Económica, pp. 157-158.
- \_\_\_\_\_, 1981, "La moda griega", en: *Obra crítica*, México: Fondo de Cultura Económica, pp. 159-162.
- \_\_\_\_\_, 1998, "El nacimiento de Dionisos", en: *Ensayos*. Madrid: ALLCA XX, (Colección Archivos, 35), pp. 5-17.
- \_\_\_\_\_, 1998, "La cultura de las humanidades", en: *Ensayos*, Madrid: ALLCA XX, (Colección Archivos, 35), pp. 18-28.
- Homero, 1999, *Himnos*, (trad. Luis Segalá y Estalella), Barcelona: Edicomunicación, 188 p.
- Jaeger, Werner, 1997, "Las llamadas teogonías orficas", en: *La teología de los primeros filósofos griegos*, (trad. José Gaos), Santafé de Bogotá: Fondo de Cultura Económica, pp. 60-76.
- \_\_\_\_\_, 2001, "Posición de los griegos en la historia de la educación humana", en: *Paideia*, (trad. Joaquín Xiral), México: Fondo de Cultura Económica, pp. 3-16.
- Murray, Gilbert, 1960, "Las bacantes", en: *Eurípides y su tiempo*, (trad. Alfonso Reyes), México: Fondo de Cultura Económica, pp. 130-154.

- Petrie, A., 1961, *Introducción al estudio de Grecia*, (trad. Alfonso Reyes), México: Fondo de Cultura Económica.
- Vernant, J. P., 2002, "El Dionisos enmascarado de las Bacantes de Eurípides" en: *Mito y tragedia en la Grecia Antigua II*, Barcelona: Paidós, pp. 223-252.

Este artículo estudia la obra del escritor Manuel Puig, a partir de la reconciliación que ésta emprende con los sujetos y modos de representación asociados a lo popular y a la cultura de masas. Analizar sus novelas más reconocidas, *La traición de Rita Hayworth* (1968), *Boquitas pintadas* (1969), *The Buenos Aires Affair* (1973) y *El beso de la mujer araña* (1976) centrados en su revalorización del cine de Hollywood, del kitsch, del estereotipo y del melodrama permite ahondar en una narrativa que encontró sus parámetros de legitimidad en referencia a las estéticas rechazadas tradicionalmente por los espacios más autónomos del campo literario.

## Las estéticas rechazadas transforman los espacios de legitimación: la reconciliación con el "gran público" de Manuel Puig

Carmen Victoria Vivas Lacour\*

### Resumen

Este artículo estudia la obra del escritor Manuel Puig, a partir de la reconciliación que ésta emprende con los sujetos y modos de representación asociados a lo popular y a la cultura de masas. Analizar sus novelas más reconocidas, *La traición de Rita Hayworth* (1968), *Boquitas pintadas* (1969), *The Buenos Aires Affair* (1973) y *El beso de la mujer araña* (1976) centrados en su revalorización del cine de Hollywood, del kitsch, del estereotipo y del melodrama permite ahondar en una narrativa que encontró sus parámetros de legitimidad en referencia a las estéticas rechazadas tradicionalmente por los espacios más autónomos del campo literario.

### Palabras claves

Manuel Puig, cine de Hollywood, kitsch, estereotipo y melodrama.

\* Licenciada en Sociología, Magíster en Literatura Latinoamericana, Profesora del departamento de Lengua y Literatura, Universidad Simón Bolívar (Venezuela). Contacto: carmenvivas@usb.ve